afligiria á su madre. Mas tarde, dijo: «¿Creeis que he hecho una intimacion? Estas alemanas están empeñadas en que las engañen; ¿iria yo á casarme con una mujer que sale á las tablas?»

»M. Caumartin habia llegado á hacer creer en la resolucion de casarse con Mlle. Heinefetter, y aun se trató de comprar las galas. Tuve que ir con ellos á hacer las compras. Tomaron un coche de alquiler. Cuando llegamos delante del almacen, hicieron que me apease. Yo nada sospechaba, pero M. Caumartin dijo al cochero que echase á correr, se marchó con la señorita, y me dejó en medio de la calle. (Nuevas risas acogen estos pormenores grotescos, referidos con una seriedad enteramente alemana.)

»Cuando la señorita volvió, estaba muy llorosa... Me dijo que M. Caumartin la habia confesado que no podia casarse con ella...»

No por eso dejó Mlle. Heinefetter de hacer un viaje á Strasburgo en compañía de Caumartin. Desde allí volvieron á París, en donde Mlle. Heinefetter conoció á un tal M. Steiner, en quien la adicta doncella acompañanta creyó adivinar un marido posible para su querida pupila. Por eso, desde aquel momento fue Caumartin mal recibido en la casa de la actriz. Mlle. Kerz refiere asi aquel episodio curioso:

«Cuando M. Caumartin supo que M. Steiner queria casarse, se puso muy furioso. M. Steiner tuvo una conversacion con Caumartin; queria tener una esplicacion. M. Steiner me rogó que fuese con él á casa de Mlle. Heinefetter. M. Caumartin se impacientó y echó abajo la puerta; Mlle. Heinefetter huyó. M. Caumartin nos persiguió por la calle y hasta en casa de Mad. Behr.

»Dijo que M. Steiner era un cobarde. Se le contestó que no, y que al dia siguiente, á las cuatro, le veria en casa de Mlle. Heinefetter. Volvió, en efecto; oyó ruido, y Mad. Berh dijo que M. Steiner habia sido maltratado y derribado sobre el sofá; que Caumartin tenia su puñal en la mano, y le amenazó con él. Mad. Behr se le arrancó y me lo dió. Aquellos se retiraron, y por la noche fuí á ofrecer disculpas á M. Steiner, padre, quien me dijo, que era preciso dejar el asunto en tal estado; que su hijo no tenia razon. Volví á casa y dí órden de que no se recibiese á M. Caumartin. Sin embargo, le vimos al dia siguiente, y dijo á la señorita: «Ya veis que he espuesto mi vida por probaros mi amor.» A lo cual contestó Mlle. Heinefetter: «Solo me lo probareis por medio del matrimonio.» Mas él persiguió á Mlle. Heinefetter con su amor, prometiéndola siempre el matrimonio, pero para mas tarde.»

Apartado M. Steiner, y viendo Mlle. Heinefetter que nada formal hacia M. Caumartin, restinguió su contrata en París, y marchó á Bruselas con dicho señor. «Cuando llegamos á la diligencia, dice el testigo, esperaba yo subir á la berlina con la señorita; pero habiendo llamado el conductor: «Mad. Kerz dos asientos, berlina,» Caumartin hizo subir á la señorita, me empujó á la rotonda, y se colocó al lado de Mlle. Heinefetter.» (Nuevas risas.)

En cuanto á la pregunta hecha á Mlle. Heinefetter acerca de la hora en que Caumartin salia de su casa, Mad. Kerz, mirando á su pupila con cariño, dice: «No ha comprendido la pregunta, pero yo *pregunto* á M. Caumartin si puede decir tal cosa.»

El presidente: No interpeleis al acusado.

Mad. Kerz: *Defiendo el honor de la señorita.*

P. Cuando Caumartin, al llegar á la calle de las Golondrinas, os dijo: «Vengo á daros una sorpresa» ¿tenia trazas de burlarse?

R. No señor, hablaba con muy buenos modos.

P. Dijísteis lo contrario en la instruccion.

R. Me hallaba tan conmovida, que me equivoqué.

P. ¿Cuánto tiempo hacia que Mlle. Heinefetter conocia á M. Sirey?

R. Unos ocho ó diez dias.

P. ¿Sabeis si habia podido llegar á conocimiento de Caumartin que Sirey habia sido presentado á Mlle. Heinefetter?

R. No lo creo.

P. Despues de conocer á M. Sirey, ¿volvió mademoiselle Heinefetter á escribir á Caumartin?

R. Creo que no; no contestó á la carta que habia recibido de M. Caumartin.

P. ¿Iba M. Sirey todos los dias á casa de mademoiselle Heinefetter?

R. La primera vez fué con M. Inchindi: al dia siguiente, fué á tomar un té. Al otro, fué á dar consejos á Mlle. Heinefetter, acerca de su ajuste. Desde entonces, iba casi todos los dias, y se ocupaba en los asuntos de Mlle. Heinefetter, y aun la aconsejó que volviese á París, diciendo que M. Caumartin habria olvidado aquellas niñadas. Pero M. Sirey nunca vió á solas á Mlle. Heinefetter, escepto una vez en que fué á buscarla á un ensayo, y aun entonces volvieron con M. Inchindi.

P. ¿Escribió Mlle. Heinefetter á Caumartin cuando estaba en París?

R. Sí señor, queria romper con él, pero si bien tenia siempre esa resolucion, carecia de la fuerza de voluntad necesaria para llevarla á cabo, aunque yo hice todo lo posible para mantenerla en su buen propósito.

El abogado general. ¿Leísteis la última carta que Caumartin dirigió á Mlle. Heinefetter?

R. Me leyeron una frase, en que hablaba del ajuste de Bruselas, y decia que habia perdido un corazon que no era digno de ella. Si está esa frase en la carta, es la misma.

P. ¿Tenia Mlle. Heinefetter la costumbre de guardar las cartas que recibia?

R. No lo sé.

P. Cuando se verificó el embargo, ¿no tenia Mlle. Heinefetter mas cartas que esta?

R. No lo sé á punto fijo; creo que tenia otras en una cajita. Un dia, llegó un abogado de París, y me rogó que le enseñase esa carta. Iba de parte de M. Caumartin. Me dijo muy buenas palabras, suplicándome mucho: yo le contesté que no podia dar mas esplicaciones, que no habia visto á M. Caumartin dar muerte á M. Sirey.

P. ¿Estaba la carta en el sobre en que ahora se halla?

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación